

Los veinte años siguientes de guerra a la muerte de Alejandro (323) gravitaron pesadamente sobre Palestina como sobre todo el Oriente. Laomedón, Tolomeo, hijo de Lago, Antígono y Demetrio se lo arrebataban sucesivamente. El paso de Tolomeo, hijo de Lago, fue terrible, el año 329; este tremendo capitán, dueño ya de Egipto, tomó a Jerusalén por sorpresa, aprovechando los escrúpulos judíos que les impedían defenderse en sábado. Su finalidad era proporcionarse prisioneros para poblar Alejandría. Veía que los judíos eran a propósito para esta clase de colonización y estimaba sobre todo su fidelidad a la fe jurada. Los judíos han sido siempre un óptimo elemento para las fundaciones nuevas. No les agradan las poblaciones antiguas, donde encuentran prejuicios nacionales y sirven en cambio para ser útiles al programa de las naciones innovadoras y desafiar con ellas a lo desconocido.

Tolomeo llevó consigo muchos cautivos de Jerusalén, de las montañas de Judea y de Samaria. A algunos los colocó en los pueblos griegos del Bajo Egipto y la mayoría fueron llevados a Alejandría. Cuando prestaron juramento de fidelidad a los lágidas, Tolomeo les otorgó, al parecer, una constitución muy favorable que les confería en la ciudad derechos iguales a los macedonios. A los cautivos judíos les fue bien en su nueva residencia y llamaron a muchos compatriotas, ponderándoles las ventajas del país y la libertad de Tolomeo. Incluso algunas familias sacerdotales siguieron la corriente, aunque allí no tuvieran gran cosa que hacer. La distancia no acabó con las discusiones entre judíos y samaritanos. Siguieron Sion y el Garizim siendo, a través del mar, causas profundas de odios y rivalidades.

Rápidamente floreció la colonia judía de Alejandría. Tenían los judíos más cualidades fuera de su casa que allí donde eran los dueños. Agradaban por su modestia y humildad, eran buenos comerciantes, buenos criados, muy laboriosos e inclinados al estudio. Con su facilidad para los idiomas pronto aprendieron el griego y se pusieron a escribirlo bastante bien. Su dulce fisonomía los hacía gratos a los griegos ricos: los designados por la suerte para el oficio de eunucos, tenían un modo muy notable de llevar la roseta en la oreja. La regularidad de su vida y la seguridad de su moralidad les garantizaban en las posiciones mediocres con que se contentaban, o sea los cargos de personas de confianza. Eran dependientes muy buenos. Una ciudad nueva en que se desplegaba una gran actividad, ofrecía a sus valoradas cualidades excelentes ocasiones de desarrollo.

Al no dedicarse a la política por cuenta propia, eran para las altas clases políticas un incomparable instrumento de administración y gobierno.

La batalla de Ipsos (301) hizo que Asia saliera del estado de anarquía en que se encontraba. Consolidáronse los dos grandes reinos tolemaico y seléucida. Palestina correspondió definitivamente a Tolomeo y luego a su familia durante unos cien años. Fue una época bastante floreciente para el judaísmo, sobre todo en Egipto. La dinastía lágida fue en general liberal e ilustrada. Se recordó sobre todo el reinado de Tolomeo Filadelfo

(284-247) y se le atribuyeron actos novelescos. La situación de los transportados por Tolomeo, hijo de Lago, era incierta e irregular. Había muchas personas de origen servil y Filadelfo mandó ponerlas en libertad. Parece que fue muy favorable a los judíos. Tolomeo Evergeta les dejó también un buen recuerdo y se supuso que durante su gran expedición ofreció un sacrificio en el templo de Jerusalén.

En el año 300, la atracción por parte de Antioquía fue casi tan grande como por parte de Alejandría. Se supuso que Seleuco Nicator, agradecido a los servicios militares que le habían prestado, dio a los judíos, en cuantas poblaciones edificó, derecho de ciudadanía y privilegios iguales a los de los macedonios y los griegos. Todo esto era sospechoso. Lo cierto es que los judíos encontraban en aquellas ciudades nuevas terreno apropiado a sus actividades, y a ellas acudían en tropel. En Judea la vida era pobre y dura, poca la agricultura, nulo el comercio, y pesadas las cargas. Los emigrados tenían todas las ventajas del judaísmo sin sus inconvenientes. La colonia judía de Antioquía no alcanzó el esplendor de la de Alejandría. El cristianismo fue el que hizo de aquella ciudad en el siglo I de nuestra Era una ciudad humanitaria de primer orden.

La rivalidad entre Egipto y Siria tuvieron graves consecuencias para Palestina. Los beligerantes asolaban constantemente el país. Muy diferentes de los conquistadores romanos, los reyes griegos no supieron garantizar la paz a las poblaciones, e indudablemente por ello los defendieron éstas poco enérgicamente. El Oriente además se despertaba. El 256 salió Persia del mundo griego por la fundación de la dinastía arsácida. Pero el viejo Irán no resucitó más que a medias. Los sasánidas fueron los que le dieron su antigua vida nacional. Lejos se estaba de los cuatrocientos años de paz que Roma dio al mundo. Los terrores renacían cada año. Los samaritanos, además, eran constantes enemigos de Jerusalén. En cuanto la fortuna les sonreía asolaban las tierras judías, llevándose no pocos cautivos. Encontraban en su organización militar medios de hacer daño que faltaban al pacífico Judá. Éste se vengaba con eternas recriminaciones, algo similar a lo que hacen ahora los cristianos de Oriente, que siempre se quejan de las fechorías de sus enemigos, numéricamente inferiores a ellos. Sin embargo, el judaísmo florecía. El poder de los sumos sacerdotes era total en todos los órdenes. Onías I, Simeón I, Eleazar, Manasés, Onías II, gobernaron la nación dignamente.

Tanto en Jerusalén como en sus cercanías, era escasa la helenización, que sólo adquirió fortaleza en las regiones vecinas, sobre todo allende el Jordán. Hubo allí colonias militares de macedonios veteranos, que se proporcionaron la satisfacción de encontrar a su alrededor nombres que habían conocido en su infancia, como Pella y Dium. Los nombres de Migdonia y Pieria debieron su origen a las traslaciones análogas. El Orontes recibió el nombre de *Axius*, de donde procede el actual (*El Aasi*).

Otras muchas poblaciones sustituyeron cortesanamente su nombre por los de los nuevos conquistadores, y abundaron Alejandrías, Antioquías, Seleucías, Laodiceas, Tolemaidas, etc. La mitología griega sucedió a la local en Apolonia (Arzuf) y en otras. Se cambió todo el aspecto geográfico, pero no se perdieron los nombres antiguos, y Acre, Amat, Ar-

zuf, etc., llevan hoy el nombre semítico y no el nuevo que les dieron la moda, el servilismo o la adulación.

Galilea, perdida para el israelitismo, al menos aparentemente desde la ruina del reino del Norte, de nuevo en la época de la dominación griega se sometió al culto de Jehová, según la forma judía, de modo que Jerusalén fue capital religiosa de comarcas muy lejanas y para peregrinar los judíos de Galilea tenían que atravesar el país hostil de los samaritanos. Tiro y Damasco se llenaban de judíos y rivalizaban por la importancia de su emigración o *diáspora* con Antioquía y Alejandría.

La *diáspora* de Oriente, la que jamás había querido dejar las orillas del Éufrates y el Tigris, tomaba gran extensión en Media, Osrhoena y Comagena. Jerusalén gozaba en aquellos lejanos países de un prestigio extraordinario y las familias sacerdotales de tales regiones estaban en relación con Jerusalén. Los fieles mandaban presentes, y de esto procedían los principales recursos del templo. Muchos jehovahístas orientales se establecían en Jerusalén y llenaban los huecos que dejaba la emigración a Antioquía y Alejandría. El sirio era el idioma de estos judíos orientales, y tal circunstancia contribuyó a hacer del arameo (lo que se llamaba el caldeo) la lengua propia de los judíos.